

LA PROPIEDAD

Positivismo y Comunismo

POR

LUIS LAGARRIGUE

Santiago de Chile
IMPRENTA CERVANTES
Agustinas 1354
1925.

Positivismo y Comunismo

POSITIVISMO Y COMUNISMO

«Mientras se persista en confundir el orden espiritual con el orden temporal, el problema planteado por los comunistas no admite otra solución que la que ellos le dan». A. Comte. Política Positiva, tomo I, pág. 154.

Este pensamiento del gran reformador, resume las concordancias y las diferencias entre el Positivismo y el Comunismo.

El Positivismo acepta en su totalidad el problema material, relativo a la propiedad, planteado por el Comunismo, pero rechaza la solución política que éste le ha dado.

El Positivismo acepta la participación del pueblo en la vida pública, pero transforma la cooperación política, de gobierno material, que le asigna el Comunismo, en una cooperación moral de Opinión Pública, que es el supremo e incontrastable gobierno del mundo.

El Positivismo proclama que la propiedad es social, pero rechaza el programa de los Comunistas, de transformar la administración privada en capitalismo de Estado.

Mientras el Comunismo se preocupa sólo de la forma de posesión de los capitales, el Positivismo reglamenta la administración de ellos, imponiendo deberes sociales ineludibles a los que mandan y a los que obedecen, dentro del concurso industrial.

El Comunismo ha pretendido organizar el trabajo antes de efectuar la educación del pueblo. El Positivismo, por el contrario, proclama que la educación moral del proletariado debe preceder a la organización social del trabajo.

El Comunismo militante ya ha reconocido esta precedencia de la moral a la política. El jefe del bolchevismo, después de cuatro años de dominio político, decía: «Es necesario luchar contra la ignorancia, pero esto no es suficiente: nos es necesaria la cultura que nos enseñará a combatir la apatía y la venalidad. Esta es una enfermedad que no se puede curar con reformas políticas o reformas militares; Este es un arte muy difícil que no se puede adquirir sin una elevación general de la cultura, sin una educación superior de la masa obrera y campesina».

«Para poder exponer al pueblo nuestras tareas políticas, para poder decir a las masas: «He aquí los problemas que debemos

tratar de resolver», hay que comprender que es indispensable elevar el nivel de las masas. Es preciso llegar a un cierto grado de cultura. Sin eso no es posible hacer nada».

«Los problemas de cultura no pueden resolverse tan rápidamente como los de orden político y militar. A la guerra se la puede vencer en algunos meses; pero sobre el terreno de la cultura es necesario mucho más tiempo. También hay que prepararse en esto, adaptarse a esta lentitud, dar pruebas de tenacidad, de perseverancia, de método». Lenin.—Capitalismo de Estado, trad. Andrade, págs. 236, 239.

El Comunismo pretende concentrar todos los capitales en poder del Estado y organizar la administración de ellos como servicios públicos.

Se comparan así erróneamente los servicios del Estado y de los Municipios con las funciones industriales de agricultura, fabricación y comercio. Sin embargo, los servicios públicos exigen principalmente un trabajo inicial de organización y, en seguida, cada funcionario de correos, telégrafos, ferrocarriles, policía, justicia, etc., queda relativamente libre para ejercer su actividad dentro del servicio. La conducta funcional está más relacionada con las exigencias del público que con la dirección administrativa.

Por el contrario, las empresas industria-

les no sólo necesitan la organización inicial, sino una dirección jerárquica continua, de todo momento, pues la conducta de cada funcionario afecta a la de los demás y al éxito mismo de las empresas.

Para comprobar esta diferencia basta comparar la policía en servicio con el ejército en batalla.

De aquí resulta la necesidad imprescindible de organizar una jerarquía perfecta en la dirección industrial.

Los comunistas han reconocido por fin esta necesidad y, para reorganizar la industria rusa, aniquilada por la guerra y la revolución, han vuelto a aceptar los procedimientos capitalistas de concesiones, cooperativas, comisiones y arrendamientos.

«El concesionario, dice Lenin, es un capitalista, lleva a cabo sus negocios de un modo capitalista, buscando su beneficio. Consciente en este contrato con el Estado proletario, con la esperanza de obtener un beneficio extraordinariamente superior al acostumbrado, o bien ciertas materias primas que de otra manera le sería imposible o muy difícil conseguir».

«El Poder de los Soviets encuentra su ventaja en esto en el desarrollo de las fuerzas productoras y en un aumento de la suma de productos inmediatamente, o sea en un corto plazo. Tenemos, por ejemplo, un centenar de explotaciones, de minas, de bosques vírgenes. No podemos explotarlos

todos, porque estamos faltos de máquinas, de víveres y de medios de transporte. Esta política de las concesiones, dirigida con la medida y la prudencia necesarias, contribuirá, sin duda alguna, a mejorar rápidamente el estado de la producción y la suerte de los obreros y campesinos a costa, naturalmente, de ciertos sacrificios, entregando al capitalismo decenas y decenas de millones de *puds* de nuestros más valiosos productos».

«Libertad y derechos» para la cooperación en el Estado actual de Rusia, significan «libertad y derechos» para el capitalismo. Cubrirse la cara para no ver esta verdad evidente, sería una tontería o un crimen».

«Desde el momento que somos incapaces de pasar inmediatamente de la pequeña producción al socialismo, el capitalismo es inevitable como producto natural de la pequeña producción y del cambio; y debemos utilizar este capitalismo como un eslabón intermedio entre la pequeña producción y el socialismo, como un instrumento, un camino, un procedimiento y un medio para aumentar nuestras fuerzas productoras». Lenin. Id., págs. 49, 50, 54, 62.

El Positivismo, al establecer que la propiedad es social y que su administración es personal, sanciona la propiedad como función social inviolable, pero al mismo tiempo la somete a deberes de moral ineludibles,

por cuanto es el proletariado el que exige y vigila su cumplimiento.

El Comunismo ha creído que así como se organiza el ejército para la guerra, podría también organizarse un ejército para el trabajo industrial.

Sin embargo, el problema militar, aunque afecte el manejo de grandes masas de hombres y de elementos bélicos, es mucho más sencillo que el problema industrial, no sólo por su menor número de factores, sino por el concurso que presta al problema bélico la Sociedad entera y por la confianza que inspira la conducta de cada cual, gracias a la férrea disciplina militar.

Sería imposible que un Estado Mayor industrial abarcara y dirigiera todas las actividades agrícolas, fabriles y comerciales de un pueblo, no digamos de Rusia, pero ni siquiera de Suiza.

Lenin reconoce por fin esta mayor complicación y dice:

«Evidentemente, las tareas sobre el frente económico son mucho más difíciles que las del frente militar, pero, en grandes líneas, la estrategia se parece». Lenin. Id., pág. 209.

Los comunistas olvidan que la conducta de los obreros y sus esfuerzos de trabajo están ligados a sus afectos con los empresarios y los diversos jefes jerárquicos. Cuando se anulan esos afectos, desaparece el concurso industrial, que sólo podría man-

tenerse por medio de la tiranía en el trabajo obligatorio.

La importancia de las influencias morales es tan evidente que, aún la vida militar establece, en general, lazos afectivos entre los jefes y los soldados, lo que mitiga en parte la amargura que envuelve toda obediencia obligatoria y contraria a la voluntad.

El Comunismo comete un doble error al concentrar en el Estado capitalista la organización de las industrias comerciales y fabriles y al diseminar entre los campesinos la industria agrícola. Al comercio y a la fabricación se les equipara con los servicios públicos, pero se olvida, lo que ya hemos dicho, que la iniciativa de los empleados es excitada continuamente por el público y que, sin ella, permanecerían, en general, pasivos. Y que, por el contrario, los obreros fabriles necesitan recibir las impulsiones activas de los diversos jefes que constituyen una jerarquía análoga a la del ejército. Los empleados de comercio tienen, por su parte, que defender de las pretensiones del público los intereses de la empresa, representados por su propia jerarquía administrativa.

El Comunismo concibe al hombre susceptible de una perfección autónoma, independiente de las relaciones sociales, desconociendo así las verdaderas leyes naturales de la moral humana. Esta moral demuestra que el niño, al nacer, no es un ángel sino un animal del todo egoísta. Es

gracias únicamente a la vida colectiva en la Familia, que el niño inicia el cultivo del altruismo. Es la Familia el único laboratorio en que se produce, durante toda la vida, la educación de los seres humanos, desarrollando más y más la veneración, el apego y la bondad; restringiendo los egoísmos de la conservación del individuo y de la especie; reglamentando los instintos del perfeccionamiento, y socializando las satisfacciones egoístas del orgullo y de la vanidad.

Ese concepto ilusorio respecto a la naturaleza humana ha permitido al comunismo proyectar una sociedad sin empresarios, sin patrones y sin propietarios. Es natural que si los hombres son perfectos, activos y generosos e igualmente preparados, el concurso social en la agricultura y en la fabricación se efectuará en forma espontánea y cualquiera será capaz de dirigir las operaciones de la industria o, a lo menos, de apreciar al que deba elegirse por sufragio. No se necesitan, por lo tanto, los empresarios.

Del mismo modo, el problema comercial de reparto e intercambio de productos no requiere dirección alguna en un pueblo en que nadie toma más de lo que necesita. «A cada uno según sus necesidades» dicen los comunistas. Así, la sociedad no requiere patrones puesto que cada cual se cuida a sí mismo.

Menos razón de existir tienen los propie-

tarios que no han de ser ni empresarios ni patrones. El capitalismo es, por lo tanto, inútil y debe suprimirse.

La concentración de los capitales en manos del Estado es aún un programa transitorio, mientras se organiza el verdadero comunismo, ya que el Estado capitalista está destinado a desaparecer como propietario, empresario y patrón.

Mucho más ilusorio es el programa comunista de organización agrícola, que tuvo tan graves consecuencias para la Rusia. Luego se hizo insuficiente el abastecimiento de las ciudades, por la falta de medios comerciales con los campesinos. Se adoptó por eso el sistema de requisas agrícolas que despojaba a los campesinos para alimentar a los proletarios urbanos y a las fuerzas armadas. Los campesinos redujeron entonces sus trabajos a sus propias necesidades y el hambre amenazó a las ciudades provocando luchas a veces sangrientas entre las poblaciones urbana y rural.

Para salvar estos inconvenientes se transformó la requisa en contribución en especies y se sancionó el comercio libre de los productos sobrantes, lo que era contrario al programa comunista, ya que se permitía así el renacimiento del capitalismo.

Lenin, con su lealtad característica, reconoce estos hechos: «La situación política a principios de 1921, dice, exige imperiosamente y con urgencia, medidas inmedia-

tas, decisivas y excepcionales, para mejorar la situación del campesino y para desarrollar sus fuerzas productivas».

«¿Por qué del campesino y no del obrero?»

«Porque para mejorar la situación del obrero, es necesario tener, ante todo, trigo y combustible».

«Para obtener este resultado es preciso operar una reforma fundamental de nuestra política alimenticia. Esta reforma consiste en la sustitución de las requisas por un impuesto en especies, con libertad de comercio una vez pagado este impuesto».

«La miseria y la ruina son demasiado grandes para que podamos restaurar de una vez la gran producción industrial, nacionalizada, socialista. Para lograr esto necesitamos enormes reservas de trigo y de combustible, amontonados en los grandes centros industriales; necesitamos sustituir las máquinas usadas por otras nuevas, etc. La experiencia nos ha convencido de que son cosas imposibles de conseguir de una sola vez».

«No debemos ocultar nada; debemos declarar que los campesinos están descontentos de la actual situación, que no la quieren y que esto no puede durar. Tal es la verdad».

«Nunca ha experimentado la clase obrera una miseria comparable a la de los primeros años de su dictadura. Se comprende que para resolver el problema no había

otra situación que la requisa, es decir, arrebatar al campesino todo su excedente y hasta una parte de lo necesario».

«La nueva política económica que se traduce en la sustitución de las *requisas* por el *impuesto en especies*, marca el tránsito al restablecimiento del capitalismo en cierta medida. Nosotros no sabemos en qué extensión. Las concesiones a los capitalistas extranjeros,... los arrendamientos consentidos a los capitalistas privados, esto está radicalmente ligado con nuestra nueva política económica».

«Es indudable y evidente que a pesar de esta terrible desgracia llamada hambre, la mejora de la vida de la población se ha producido precisamente gracias al cambio de nuestra política económica. Por otra parte, si el capitalismo logra beneficios, la producción industrial se desarrolla, y con ella se desarrolla también el proletariado».

«A medida que la gran industria capitalista es destruída, que se cierran las fábricas y los talleres, a medida que esto ha sucedido, el proletariado ha desaparecido». Lenin. Id. págs. 36, 38, 42, 108, 146, 211, 213, 214.

En el orden material, el Positivismo se propone, como el Comunismo, que todos trabajen para la Sociedad y que ésta suministre a todos los que necesitan.

«Cada uno según sus aptitudes; a cada uno según sus necesidades». Lenin. El

Estado y la revolución proletaria, pág. 205.

Pero el Positivismo se basa en las leyes naturales de la sociabilidad y de la moralidad. En el orden social no pierde jamás de vista la necesidad de conciliar siempre la independencia individual con el concurso colectivo, bajo las tres formas de cooperación y de gobierno moral, intelectual y material de que es susceptible la especie humana. Por su parte, en el orden moral, no olvida que a la sociabilidad del hombre está siempre unida su animalidad y que la verdadera moral no imagina suprimir el egoísmo sino reprimirlo y subordinarlo al altruísmo. Por eso el Positivismo resuelve los problemas sociales sin las ilusiones ni las tiranías comunistas.

El Positivismo reduce el dogma de la soberanía popular a la preeminencia que debe darse a la Sociedad en todas las manifestaciones morales, intelectuales y materiales de la vida pública y privada de los individuos.

Esta preeminencia de la sociabilidad manifiesta el carácter moral de la soberanía popular, que se refiere, tanto a la inmensa superioridad numérica del pueblo, como a las mayores dificultades y exigencias de la situación proletaria. Esa misma preponderancia de la sociabilidad se hace sentir en las aplicaciones políticas de la soberanía popular que ha reemplazado a las voluntades divinas en la sanción de las leyes civi-

les y de las decisiones del gobierno temporal. Esta influencia política de la soberanía popular será mucho mayor cuando la opinión pública no sólo se refiera a una sola nacionalidad, sino al conjunto de los pueblos.

Las influencias continuas de la soberanía popular en favor del orden moral y del orden político se manifiestan también en favor del progreso en los casos excepcionales en que el pueblo debe insurreccionarse contra el gobierno para destruir una tiranía intolerable. Esas crisis son realmente reparadoras cuando el pueblo limita su soberanía a sancionar los gobiernos, pero renuncia a los ilusorios derechos políticos del sufragio universal.

El Proletariado no es ni puede ser soberano, ni en la vida moral, donde está sometido a las inspiraciones afectivas buenas o malas de las mujeres; ni en la vida intelectual, donde queda subordinado a las enseñanzas y consejos falsos o verdaderos de los maestros; ni en la vida material, donde siempre está dominado por el mando útil o pernicioso de los jefes militares e industriales.

La única soberanía del pueblo, la verdadera *democracia*, consiste en formar la opinión pública que le permite aquilatar las buenas inspiraciones femeninas: los principios verdaderos de los maestros y transformar esa opinión en fuerza social capaz de sancionar, guiar y regular la conduc-

ta de los poderes temporales. Se resuelve de ese modo el programa comunista, porque se logra subordinar los sentimientos, los pensamientos y los actos al bienestar general de la Sociedad, dominando sin violencias todos los egoísmos individuales y transformando en una verdadera y armoniosa comunidad la colectividad humana.

Una vez constituída la Opinión Pública, no pueden temerse las tiranías temporales que se anulan o desaparecen por falta de concurso o por franca insurrección. La soberanía popular se manifiesta así en los casos extremos, desorganizando el orden social cuando se hace intolerable y aspirando a una nueva reorganización. Las revoluciones de esta naturaleza son crisis reparadoras del organismo social, pero ellas se convierten en enfermedades crónicas cuando se persiste en mantener el estado revolucionario.

En conformidad con las leyes de la sociología, las revoluciones, como las guerras, no tienen otra influencia modificadora que la de acelerar o retardar la evolución espontánea de los elementos sociales en conflicto. En uno y otro caso la influencia es recíproca, pues siempre se retarda el progreso de los elementos avanzados y se favorece el de los elementos retardados. Las invasiones de los bárbaros, en la Edad Media, retardaron, sin duda el progreso del Occidente, pero, a su vez los pueblos invasores se civilizaron

convirtiéndose al catolicismo. Del mismo modo, el triunfo del Proletariado en Rusia contribuirá, sin duda alguna, a retardar su verdadero progreso hacia su organización espiritual y favorecerá el adelanto social del Patriado hacia su organización temporal. Se llega así a situaciones sociales que se habrían obtenido por simples programas evolutivos, si la Opinión Pública actuase como una verdadera fuerza política.

La falta de comunidad intelectual entre los pueblos y entre los elementos de cada uno de ellos deja las aspiraciones y la conducta humana a merced de los intereses y de las pasiones, que convierten los conflictos en guerras y en revoluciones.

El verdadero origen de esta lamentable situación es la confusión que se ha establecido en los tiempos modernos entre el orden espiritual y el orden temporal.

Esa confusión era necesaria en la antigüedad teocrática en la cual predominaba el orden social y era desconocido el progreso revolucionario.

Ese progreso se inició con la revolución del pensamiento griego, en poesía, filosofía y ciencia; se continuó con la actividad romana y culminó en la Edad Media con el sentimiento católico. Esos veinticinco siglos crearon el proletariado industrial.

Los tiempos modernos requieren un doble gobierno: uno de orden y otro de progreso. El primero es el poder temporal que ad-

ministra los intereses materiales; el segundo es el poder espiritual que, siempre santamente revolucionario, proclama y vigila los intereses eternos de la Humanidad.

Se comprende que la confusión de estos dos poderes mantenga a la sociedad en una situación incierta y revolucionaria, en la cual se alternan la tiranía para resguardar el orden y la anarquía para favorecer el progreso.

El Positivismo reconoce como dogma fundamental de su política la separación entre el orden espiritual de enseñanza, consejo y juicio y el orden temporal de autoridad, de mando o de riqueza. Por eso no pretende imponer por la fuerza sus programas, sino que los propaga como principios científicos deducidos de las leyes naturales de la sociabilidad. Las ideas positivas concluyen siempre por triunfar sin tiranías y a pesar de todas las preocupaciones negativas.

El Comunismo, por el contrario, confunde la opinión con el mando e impone por la fuerza sus programas políticos. Por eso establece organizaciones sociales ficticias que no concuerdan con los sistemas naturales y que parecen autómatas sociales. Esos sistemas artificiales están fatalmente destinados a desarmarse y desaparecer, si no se transforman en organismos vivos, de acuerdo con las leyes propias de la vitalidad social.

Para comprender mejor la separación entre el gobierno material y el gobierno espiritual, basta observar la forma espontánea cómo se generan las autoridades respectivas.

El gobierno material resulta siempre, según las leyes naturales de la sociabilidad, de una coordinación creciente de las jefaturas indispensables que corresponden a las diversas operaciones parciales, sea de la actividad militar o de la actividad industrial.

El concurso práctico de dos o más individuos requiere, en todo caso, una dirección que es ejercida por el que toma el mando para satisfacer el deseo de actuar que anima a la colectividad.

En esta misma forma, los jefes parciales se agrupan en torno de jefes cada vez más generales, hasta llegar a constituir el gobierno militar o industrial de la colectividad social.

Por el contrario, el gobierno espiritual nace siempre, según las mismas leyes naturales de la sociabilidad, de la dominación creciente que ejercen las ideas de un individuo sobre los demás miembros de la colectividad.

El poder espiritual es, pues, por su naturaleza, dictatorial y no admite, en manera alguna, la intervención del sufragio universal. Los Tales y los Arquímedes de la Grecia impusieron al mundo los princi-

pios científicos de la geometría y de la mecánica; los Keplero y los Galileo, en los tiempos modernos, los de la astronomía y de la física los Lavoisier y los Bichat, los de la química y la biología y los Condorcet y Augusto Comte los de la sociología y la moral.

Nada más tiránico que los principios científicos y, ante ellos, no tiene valor alguno el sufragio universal. El movimiento de la Tierra ha triunfado ya de los dogmas teológicos y metafísicos en la mentalidad de los hombres que se han sometido por fin a la tiranía de Galileo. Luego ha de triunfar el principio de la moral positiva que radica en el alma humana los sentimientos egoístas y los altruistas, independizando así de las voluntades divinas el perfeccionamiento y la santidad de los hombres. Todos tendrán por fin que someterse a la tiranía del filósofo inglés David Hume.

Se comprende por esto que si el gobierno material pretende abarcar el orden espiritual de las ideas, sea para imponerlas o reprimirlas, se convierte en esas tiranías que siempre han llegado a ser crueles y sanguinarias.

El gobierno material, cuando no abarca el orden espiritual, no puede ser tiránico, puesto que reduce su acción a coordinar las actividades militares o industriales, y sólo reprime aquellos actos que son incom-

patibles con la vida social, como el asesinato, el robo, la destrucción, etc.

Del mismo modo, el gobierno espiritual, cuando no domina el orden material, sólo ejercita la dulce tiranía de las convicciones, condenando aquellas que considera incompatibles con la vida social.

La revolución moderna, a partir de la Edad Media, ha desarrollado más y más la política de confusión de los poderes espiritual y temporal.

Los gobiernos modernos, mediante las iglesias y las universidades nacionales, subordinaron a la autoridad política, tanto la teología como la metafísica y la ciencia.

Esta confusión entre el orden espiritual y el temporal ha permitido que el dogma de la soberanía popular se haya convertido en instrumento de las doctrinas para apoderarse del gobierno y en instrumento de los gobiernos para dominar la opinión pública.

Todos los partidos políticos, retrógrados, conservadores y progresistas han aspirado al gobierno político invocando la mayoría del sufragio popular.

Esta situación caótica de la política moderna no fué peligrosa mientras los partidos respetaban las bases elementales de la sociedad, sobre todo la propiedad. Pero ya la doctrina comunista, desde 1848 planteó el problema social de la propiedad material y, siguiendo el ejemplo de los demás

partidos, aspiró a imponer sus doctrinas por medio de la fuerza política, en la comuna del 71 y en la revolución rusa de 1917. Sólo entonces los diversos partidos burgueses se alarmaron y pretendieron anonadar al partido proletario por medio de la opresión material.

El mundo tiende así a convertirse nuevamente en un campo de sangre en que no serán ya los inquisidores que queman a los hombres de ciencia y de trabajo so pretexto de herejes o judíos, sino que esos hombres de ciencia y trabajo ametrallarán al pueblo porque tiene ideas comunistas.

Ante tal situación no caben mayores vacilaciones. O bien se arrostra la lucha con la seguridad de que tarde o temprano triunfará la mayoría, o bien se resuelven los partidos a separarse por completo de la autoridad política para que pueda constituirse un gobierno exclusivamente material, que resguarde el orden práctico de las actividades industriales, en medio del desorden teórico de las concepciones sociales. Este alejamiento de la vida política permitirá a los partidos entablar la lucha pacífica de las ideas, en forma de no perturbar ni el orden público, ni alterar las bases fundamentales de la sociabilidad.

Una vez obtenida esta separación de los poderes y suprimidas la teología, la metafísica y la ciencia de Estado, el Comunismo se convertirá espontáneamente en el

Positivismo. Se constituirá entonces la Opinión Pública como fuerza política y se obtendrá la verdadera comunidad de los sentimientos, de los pensamientos y de los actos humanos.

No es posible obtener de los Comunistas que se decidan a alejarse de la política activa, si los demás partidos pretenden imponer sus ideas apoderándose del gobierno del Estado.

Los gobiernos que resultan de las luchas políticas, pretenden siempre representar la opinión pública, y no escatiman medio alguno para desorganizar o ahogar las opiniones que les son contrarias.

Ya es tiempo sobrado para que todos reconozcan la división fundamental de los gobiernos humanos: el poder temporal, material, local y especial, del orden práctico de las actividades, y el poder eterno, espiritual, universal y general del progreso teórico de las opiniones.

El carácter eterno y universal del poder espiritual se ha constatado ya, desde hace veinticinco siglos, con el predominio internacional de las concepciones científicas. Los conceptos numéricos, geométricos y mecánicos, las ideas astronómicas, físicas y químicas y los principios biológicos, sociológicos y morales, gobiernan más y más las opiniones humanas.

El conjunto de la vida social, en sus aspectos materiales, intelectuales y morales,

está ya dominado por la ciencia positiva que ha ido relegando la metafísica y la teología al campo cada vez más restringido de las divagaciones y de las ilusiones individuales.

Los comunistas, si están realmente animados de sentimientos sociales, si aspiran a la felicidad del proletariado, si son tan sinceros y leales como su eminente jefe ruso, Lenin, tendrán necesariamente que adherir a la doctrina positiva cuando se convenzan de que es necesario reemplazar la acción política y nacional del Gobierno del Pueblo, por la influencia social e internacional de la Opinión del Pueblo.

Las circunstancias históricas que determinaron en Rusia una revolución con caracteres en parte análogos a la gran crisis del 79, a la revolución del 48 y a la comuna del 71, y la persistencia universal de la confusión de los poderes espiritual y temporal, arrastraron a Lenin hacia las ideas de Marx y de Engels que desconocieron la continuidad histórica hasta el punto de decir, parodiando a Descartes, «es necesario olvidar el pasado y pedir las leyes de la sociedad del porvenir a la experimentación». Tal pensamiento indica también que desconocen que la sociedad es un organismo vivo, regido por leyes especiales, que tiene atributos propios y que está sometido a leyes ineludibles de evolución afectiva, intelectual y práctica.

Si le hubiera sido dado a Lenin conocer la doctrina positiva, es probable que la Tercera Internacional se habría celebrado oportunamente en París para organizar al Proletariado como fuerza social de Opinión Pública nacional e internacional. La guerra mundial se habría entonces evitado y el triunfo de la República habría sido más rápido y universal.

Cuando predomine el Positivismo, las reivindicaciones obreras se transformarán en nobles aspiraciones, generadas por el *sentimiento público* y determinadas por la *opinión pública*. La violencia de la *acción pública* se reducirá entonces a los casos excepcionales de egoísmos monstruosos.

Es necesario que el Proletariado no se engañe pretendiendo hacer uso de las fuerzas materiales de mando y de riqueza que resultan precisamente de su propia abnegación de obediencia y de pobreza. Si el Proletariado llega a ejercer el gobierno político y económico, se anula esa abnegación creadora, y las autoridades y los capitales desaparecen. El gobierno del pueblo genera, en consecuencia, la anarquía y la miseria.

Por el contrario si el Proletariado emplea la fuerza espiritual de la Opinión Pública, no en la forma precaria y pasajera en que ahora se manifiesta, sino en la forma continua y coherente que resulta de la aplicación de principios científicos, no habrá

poder material alguno capaz de resistir sus insinuaciones y consejos.

La Opinión Pública, aún bajo la forma ocasional en que ahora actúa, es la que determina en realidad los programas políticos y la que suministra la fuerza principal para realizarlos. Los gobiernos se ven obligados a obedecer a esa fuerza que los arrastra muchas veces a descabros nacionales o internacionales, por la falta de principios sociales capaces de refrenar las pasiones populares.

Para organizar la Opinión Pública se requiere, pues, ante todo, de principios científicos; en seguida, de un público que los acepte y sancione su aplicación y, por fin, de un centro personal digno de representarlos socialmente.

La acción de la Opinión Pública tendrá entonces una base invulnerable, una energía preponderante y una dignidad moral intachable.

La Opinión Pública, formada por el Proletariado, podrá hacer concurrir hacia la felicidad del Pueblo, tanto la acción de los gobiernos políticos como la de los poderes industriales que administran el capital social. La influencia reguladora, que instruye, aconseja y juzga, se hará sentir sin violencias, que podrán sólo producirse en casos de resistencia incompatible con la vida social.

La organización positivista del orden

económico transformará espontáneamente el capitalismo individualista en administración personal del capital social, y no necesitará jamás, como el Comunismo triunfante, restablecer procedimientos retrógrados que la Sociedad habrá eliminado en forma gradual pero decisiva.

La separación entre el orden espiritual y el orden temporal producirá la cooperación material del mando y de la obediencia, con independencia de las opiniones.

El mando y la obediencia, en la cooperación industrial, se destinarán simultáneamente al servicio exclusivo de la Humanidad. Se apreciará el valor económico de los trabajos por el enriquecimiento efectivo de la Sociedad y no por la acumulación individual de los capitales.

El *trabajo* lo ejercerá el Proletariado agrícola, fabril y comercial, como una función social, como un deber gratuito de cada cual para con la Sociedad.

El *salario* lo repartirá el Patriciado agrícola, fabril y comercial, en forma gratuita, como función social que da cumplimiento al deber que tiene la Sociedad de alimentar a todos sus hijos.

La administración del capital agrícola, fabril y comercial, la ejercerá el patriciado como función social y dentro de los límites de una gestión real y de una responsabilidad directa que evitará al mismo tiem-

po la dispersión de los capitales y su excesiva concentración.

La herencia de las funciones del gobierno político y del patriciado industrial, se efectuará por la designación que haga el que ejerce la función de mando y que sea sancionada por la Opinión Pública, en cuyo nombre se consagrará al nuevo funcionario.

Cada patricio agrícola, fabril y comercial, y todos ellos en conjunto, serán responsables de las buenas condiciones materiales del Proletariado a cuyo bienestar creciente debe destinarse el progreso industrial del mundo.

Es una condición ineludible de ese bienestar del Proletariado, que las mujeres queden eximidas de los rudos trabajos materiales para que, como madres, esposas, hermanas e hijas, puedan cumplir en la Familia las altas funciones afectivas que les corresponden, y ejercer sus funciones de obreras de la principal de las industrias: la educación del hombre.

Una segunda condición, igualmente necesaria al bienestar creciente del Proletariado, es que pueda desarrollarse la clase contemplativa que ejerza las funciones de enseñanza científica y sea digna de representar socialmente a la Opinión Pública para aconsejar, regular y juzgar la conducta del gobierno político y del patriciado industrial.

Esa clase contemplativa está destinada a dar vida social a la Poesía, a la Filosofía y a la Ciencia, libertándolas del mercantilismo individual y de los egoísmos nacionales. Ella será entonces digna de presidir al concurso de las nobles emociones del Proletariado en las festividades públicas.

Sólo entonces podremos decir que está organizada la Sociedad por la cooperación, por la comunidad de las emociones, de las concepciones y de las acciones humanas.

Ese será el verdadero Comunismo, transformado en el Positivismo que conciliará el amor, el orden y el progreso en el seno de la Familia, de la Patria y de la Humanidad.
